

Ks. Jan MACHNIAK

Uniwersytet Papieski Jana Pawła II

LA MISERICORDIA DE DIOS EN LAS ENSEÑANZAS DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II*

La verdad sobre la Divina Misericordia que constituye el motivo central del pontificado de Juan Pablo II, apareció en sus enseñanzas ya en el comienzo del mismo, en la encíclica *Dives in Misericordia* (“Dios rico en misericordia” – 1981, = DM). El documento papal, junto con la encíclica *Redemptor Hominis* (“Redentor del hombre” – 1978), y *Dominum et vivificantem* (“Señor y vivificador” – 1983) constituye parte de la gran trilogía dogmática en la cual el Papa le habla al hombre contemporáneo sobre Dios revelándose al hombre como Santísima Trinidad – Padre, Hijo, y Espíritu Santo. La misericordia es la llave para comprender el misterio de Dios y del hombre. Caracteriza a Dios revelándose al hombre en la Historia de la Salvación. Es el principal tema de las enseñanzas de Jesús y queda totalmente demostrada en el misterio de la salvación, en Su muerte y Resurrección. La misericordia es al mismo tiempo una oportunidad especial para el hombre, porque a través de ella puede experimentar la cercanía de Dios, Quién es misericordioso.

Durante la beatificación de Sor Faustina Kowalska, el Segundo Domingo de Pascua, 18 de abril de 1993, en Roma, Juan Pablo II subrayó, que el misterio de la Divina Misericordia, que fue recordada a todo el mundo por Dios a través de la humilde religiosa polaca es “una profética llamada al mundo” Para toda la humanidad cansada por las terribles guerras, la manifestación de la misericordia, se convirtió en un signo de esperanza que señala la presencia de Dios derramando misericordia y la posibilidad del renacimiento espiritual del hombre.

La canonización de Sor Faustina Kowalska el 30 de abril de 2000 en Roma, tuvo un significado especial, porque a través de este acto, Juan

* Poszerzona wersja referatu wygłoszonego w czasie II Latinoamerykańskiego Kongresu Bożego Miłosierdzia w Villa Maria, Argentyna, 23–25.05.2009.

Pablo II transmitió la manifestación de la misericordia a todo el mundo como un puente que une el segundo milenio del cristianismo con el nuevo siglo. Recordó igualmente, que la Divina Misericordia, es una oportunidad poco común para el renacimiento de toda la humanidad:

La humanidad no encontrará la paz, hasta que no se vuelva hacia la Divina Misericordia (*Diario*).

La manifestación de la Misericordia permite leer nuevamente el Evangelio sobre la Divina Misericordia, a la luz de la cual, el hombre no sólo experimenta la misericordia, recibéndola de Dios, sino que es al mismo tiempo capaz de compartir ésta Misericordia con otros (cfr. DM 14).

El segundo domingo de Pascua, “Domingo de la Misericordia” Juan Pablo II puso su acento en la proclamación de que la Misericordia es la oportunidad de conocer “el verdadero Rostro de Dios, y verdadero rostro del hombre” (*Homilia de canonización 5*). La manifestación de la Misericordia es al mismo tiempo un recordatorio al mundo sobre la dignidad y el valor de cada hombre, por el cual Cristo entregó su vida.

Durante la canonización de Santa Faustina Kowalska, Juan Pablo II, subrayó claramente, que la manifestación de la Misericordia proclamada continuamente por la Iglesia y recordada gracias a las apariciones a Sor Faustina, se convierte hoy en una parte de la experiencia del hombre perdido entre las distintas ideologías y corrientes de pensamiento de fines del siglo XX y principios del siglo XXI. En el Misterio de la Divina Misericordia, el cristiano encuentra el verdadero Rostro de Dios, cercano al hombre, y el verdadero rostro del hombre, necesitado de Misericordia, y listo para ser Misericordioso¹ El Santo Padre volvía a estos pensamientos muchas veces, cuando polemizaba con “la teología de la muerte de Dios” o también cuando demostraba los errores de los totalitarismos contemporáneos, los cuales se esfuerzan por quitar a Dios de la Historia de la Humanidad.

Durante la Consagración de la Basílica de la Divina Misericordia en Cracovia, Juan Pablo II una vez más subrayó que el mundo contemporáneo necesita a la Divina Misericordia. Y además le dio a la Iglesia, la misión de acercar al mundo el misterio de la Misericordia de Dios:

por eso hoy, en este santuario, quiero realizar el acto solemne de confiarle el mundo a la Divina Misericordia. Realizo esto con un anhelo ferviente de que la manifestación del Amor Misericordioso de Dios, que quedó aquí expresado por medio de

¹ Juan Pablo II, *Regalo de Dios para nuestros tiempos. Homilia durante la Santa Misa de canonización*, en: *Manifestación de la Misericordia*, 35/2000, pág. 4.

Santa Faustina, llegue a todos los habitantes de la Tierra, y llene sus corazones con esperanza. Que éste mensaje se propague desde este lugar hacia toda nuestra amada patria, y al mundo entero. Que se cumpla la promesa a la que se comprometió Jesús, que de aquí debe salir “la chispa que va a preparar al mundo para Su última venida” (cfr. *Diario* 1732). Hay que encender esta chispa de Gracia de Dios. Hay que transmitirle al mundo el fuego de la Misericordia. ¡En la misericordia Divina el mundo encontrará la paz y el hombre la felicidad! Les confío esta misión a ustedes, queridos hermanos y hermanas, e Iglesia de Cracovia y de Polonia, y a todos los que veneran a la Divina Misericordia, a quienes vendrán aquí de Polonia, y de todo el mundo²

El tema de la Divina Misericordia apareció en las enseñanzas de Juan Pablo II nuevamente en la Carta Apostólica *Novo Millennio Inneunte*, publicada en los umbrales del tercer milenio del cristianismo (6.01.2001), como “idea de misericordia” El Papa escribía sobre la idea de la misericordia en el contexto de una Europa que se estaba uniendo. Este planteo se convirtió en materia de reflexión en el sínodo de obispos en octubre de 1999, el cual preparó El Gran Jubileo del año 2000. El fruto de las deliberaciones del sínodo fue la Exhortación Apostólica *Ecclesia in Europa* (28.06.2003). Este tema parece sugerir unos cuantos hilos de pensamiento que comprenden toda la enseñanza del Santo Padre, cuya clave es la verdad sobre la Misericordia de Dios.

El aceptar la cuestión de la Divina Misericordia en las enseñanzas de Juan Pablo II, exige presentar el problema del misterio de Dios, que se revela en el Antiguo y Nuevo Testamento, el cual en su esencia es misericordioso. El Papa da una interpretación de Dios muy original que se revela como Padre de la Misericordia en toda la historia de la Salvación. El misterio de la misericordia le permite al hombre comprenderse a sí mismo, y realizar su vocación. Al mismo tiempo le hace tomar conciencia de que necesita constantemente de la misericordia y de que es capaz de ser misericordioso con el prójimo. Esta hipótesis de Juan Pablo II dirige nuestra atención hacia el misterio de Dios revelador de Su misericordia en el Antiguo Testamento y en Cristo, siendo en su totalidad la revelación del Padre en la Nueva Alianza, como también en las formas de la realización de la Misericordia por los discípulos de Cristo.

EL MISTERIO DE LA MISERICORDIA DIVINA EN LA REVELACIÓN

En la encíclica *Dives in Misericordia*, el Papa Juan Pablo II, después de la Constitución Pastoral del Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*

² *Ibidem*, pág. 77.

recuerda, que Jesucristo es la totalidad de la “manifestación del misterio del Padre y Su amor” (nr 22). El Dios de la revelación es un misterio del amor (cfr. 1 Jn 4, 16.18), que une en uno solo al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Es el Amor, que comparte con cada criatura porque Su naturaleza es un regalo. Se revela al hombre en la Historia de la Salvación, como Creador y Señor de todo lo creado, como buen Padre y dador de vida (cfr. Gén 1–2; Col 1, 15–20). En Él el hombre encuentra su complemento.

La experiencia básica de la misericordia en la Historia de Israel, a la que alude Juan Pablo II (cfr. DM 4) es el hecho que tuvo lugar durante el éxodo de la nación elegida de la esclavitud egipcia. Dios, viendo el sufrimiento de su pueblo, tuvo compasión de su infortunio, y lo liberó de las manos de sus opresores. En la experiencia de la liberación, está enraizada la confianza de los israelitas en la misericordia de Dios, la cual traspasa todo pecado y miseria del hombre. En este momento de los acontecimientos, Dios, Creador del Hombre y Señor del Mundo, revela toda la verdad sobre sí mismo:

pasó el Señor ante sus ojos y clamó: Jehová, Jehová, Dios misericordioso y compasivo, paciente y rico en gracia y fidelidad, conservador de su Gracia, por miles de generaciones, quien perdona la indignidad, la falta de fidelidad, el pecado [...] (Éx 34, 6–7).

En este acontecimiento, Dios reveló la verdad fundamental, que es que cada hombre que es culpable por el pecado y que se alejó de su creador, pueda encontrar motivo para volver y dirigir su súplica de perdón (cfr. Núm 14, 18; 2 Par 30, 9; Neh 9, 17; Sal 86, 15; Sab 15, 1; Eclo 2, 11; Job 2, 13). El Papa recuerda, que Dios revela su Misericordia desde el comienzo de los acontecimientos a través de palabras y acciones develando distintas dimensiones de Su amor al hombre.

La Misericordia Divina revelada en el Antiguo Testamento, observa el Papa en la encíclica *Dives in Misericordia*, es el paradigma del Amor de Dios hacia el hombre, que comprende distintos “matices de amor” Es el amor de padre como resultado del hecho de dar la vida, porque Dios es el Padre de Israel (cfr. Is 63, 16) y el pueblo elegido Su Amado Hijo (cfr. Éx 4, 22). Es al mismo tiempo Esposo, e Israel Su esposa amada (cfr. Os 2, 3). Su amor se revela como compasión y magnánimo perdón, cuando el Pueblo Elegido no preserva la fidelidad (cfr. Os 11, 7–9; Jer 31, 20; Is 54, 7). Los salmistas lo llaman Dios del Amor, de la bondad, de la fidelidad y de la misericordia (cfr. Sal 103; 145). La experimentación de la Misericordia de Dios, nace en el diálogo interno del hombre con su Creador y Padre.

En la encíclica *Dives in Misericordia*, Juan Pablo II, apelando a la Historia de la Salvación, recuerda sobre la constante presencia de Dios entre la gente. La Misericordia del Padre revelada por Jesucristo, está presente en el Antiguo Testamento, en la historia del pueblo elegido, el cual conservó su fé en un Dios único. Dios Jehová, creador del mundo y del hombre, se hace conocer por Moisés como misericordia. Dios se presenta solemnemente a sí mismo:

y el Señor bajó en una nube, y [Moisés] se detuvo junto a Él y pronunció el nombre Jehová. Pasó el Señor ante sus ojos y clamó: Jehová, Jehová, Dios misericordioso y compasivo, paciente, rico en gracia y fidelidad, conservador de su gracia por miles de generaciones, quien perdona la indignidad, la infidelidad, el pecado [...] (Éx 34, 6–7).

En el amor de Dios al hombre: la bondad, la complacencia, la gracia y la fidelidad (hebr. *hesed*), la ternura y la compasión que caracterizan a la madre (hebr. *rahamim*), la magnanimidad y complacencia (hebr. *hannan*) así también como la compasión, el respeto al enemigo y el perdón (hebr. *hamal*). La Misericordia entendida como revelación del amor del Dios exterior, se une en forma indisoluble con el acontecimiento de la creación, uniendo al Dios Creador con el hombre, el cual es Su creación (cfr. DM 4). Tal como señala el Santo Padre, en la naturaleza del amor esta comprendido el que ella no puede odiar, ni desear el mal a aquel a quien colmó de bienes.

El pueblo elegido conservó el misterio del Amor Misericordioso, advertido por los profetas en sus acciones, quienes exhortaban a abrir su corazón al Dios Misericordioso (cfr. Is 54, 10; Jer 31, 3). La Misericordia experimentada por los israelitas era “el sentido de relacionarse con su Dios” (DM 4) especialmente en los momentos en los que faltaba fidelidad a la Alianza. Salomón se dirige a Dios en su súplica con motivo de la bendición del templo pidiendo misericordia (cfr. 1 Re 8, 22–53). El profeta Miqueas pide perdón por la infidelidad apelando a la Misericordia de Dios (cfr. Miq 7, 18–20), y el profeta Isaías consuela a los desterrados señalando la misericordia como garantía de Su cercanía y protección (Is 51, 4–16). En los profetas, la misericordia significa una especial fuerza de amor, la cual es “más grande que el pecado y la infidelidad del pueblo elegido” (DM 4). La misericordia comprende no sólo a la sociedad del Pueblo Elegido, sino que también particularmente a las personas, las cuales debido a un mal físico o moral experimentan el sentido de culpa. Al Dios de la misericordia acude David luego de su pecado con Betsabé (cfr. 2 Sam 11, 11–12). Dios viendo su verdadero arrepentimiento y sufrimiento debido al mal ocasionado, le demuestra su amor

y conmiseración, perdonándole su pecado. De esta experimentación del amor y conmiseración no sólo en la dimensión del pueblo, sino también en las personas individuales, nace la confianza en Dios, la cual le permite al hombre dirigirse a Él y descubrir Su presencia.

Juan Pablo II en *Dives in Misericordia* advierte, que cada hombre, es capaz de descubrir a Dios en la naturaleza y en el cosmos por Sus “cualidades invisibles” (Rom 1, 20). El conocimiento directo no permite sin embargo ver a Dios en su totalidad. La revelación del Amor en Jesucristo conduce a Dios “al impenetrable misterio de Su ser” (DM 2; 1 Tim 6,16). Jesús nos muestra al Dios de la Misericordia en sus parábola sobre la oveja y la dracma perdidas (cfr. Lc 15, 1–10), y particularmente en su parábola sobre el hijo pródigo (cfr. Lc 15, 11–32). Esta parábola nos muestra en un comienzo la dimensión del amor del padre, listo para perdonar y para obsequiar. Juan Pablo II rescata aún más de ella: la dignidad del hijo pródigo, la cual brilla nuevamente gracias a la misericordia del Padre. Dios se muestra fiel a su paternidad:

un Amor así es capaz de inclinarse ante cada hijo pródigo, sobre cada miseria humana, pero sobre todo, ante las miserias morales y los pecados (DM 6).

La grandeza del amor de Dios ante el hombre pecador devela la grandeza de la dignidad del hijo, quien siempre es un niño de Dios y tiene derecho a su amor. En la misericordia, percibe Juan Pablo II “la relación de desigualdad” entre Dios, quien regala, y el hombre, que recibe Su bondad. La misericordia hace que el hijo pródigo, quien recupera nuevamente su dignidad de hijo, no experimente humillación. Responde al gran amor de Dios con la actitud de convertirse, la cual es el fruto de la misericordia (cfr. DM 6).

La revelación completa de la misericordia de Dios, es la muerte y resurrección de Jesús. El misterio pascual demuestra la magnitud del amor de Dios hacia el hombre, el cual “no escatimó a su hijo” (2 Cor 5, 21). Gracias al misterio de la Cruz, Dios revela la profundidad de su amor, la cual está presente en el comienzo de la creación del hombre y de los actos de la redención:

Dios, a quien reveló Jesús, se queda no sólo en constante unión con el mundo, como Creador, definitiva fuente de existencia. Es un amor que no sólo produce bondad, sino que conduce a tomar parte en la propia vida de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo (DM 7).

En la muerte de Cristo, Dios está cerca del hombre, dándose a sí mismo para que el hombre pueda tomar parte en Su vida. El amor misericordioso, es más fuerte que el pecado y la muerte. Gracias a la

actuación del Espíritu Santo, el hombre se abre para que la misericordia actúe, y percibe su dignidad, la cual le da la posibilidad de unirse a Cristo.

Los sacramentos son el punto de encuentro con la misericordia de Dios, especialmente la Reconciliación y la Eucaristía, en las cuales el cristiano palpa el amor misericordioso de Dios. Juan Pablo II subraya que la Iglesia, fiel a Jesucristo, como primera tarea de su misión en el mundo, debe ser dar testimonio de la Misericordia de Dios (cfr. DM 12).

PROCLAMACIÓN DE LA MISERICORDIA DE DIOS

El deber de proclamar la Misericordia Divina es la base de la misión que fuera confiada a los apóstoles por Cristo. Esta misión es la prolongación de la tradición de los profetas del Antiguo Testamento, y el completamiento fiel de la misión de Jesús basada en mostrarle al hombre a Dios, Padre de la Misericordia.

En la encíclica *Dives in Misericordia*, Juan Pablo II claramente señala la necesidad de dar testimonio de la misericordia de Dios, como fundamental misión de la Iglesia con respecto al mundo actual:

la Iglesia debe dar testimonio de la misericordia de Dios revelada en Cristo, en toda su revelación mesiánica, pero sobre todo proclamando, que como verdad salvadora de la fe y de la vida a través de la fe y; consiguientemente tratando de introducirla y encarnarla en la vida, tanto de los propios proclamadores, como también en medida de lo posible, en todas las personas de buena voluntad. Finalmente, la Iglesia – proclamando la misericordia sin apartarse de ella en la vida – tiene el derecho y la obligación de apelar a la misericordia de Dios, llamándolo ante todas las manifestaciones de los males físicos y morales, ante todos los peligros que pesan tanto sobre todo el horizonte de la vida actual de la humanidad (DM 12).

Según el Santo Padre, la misión de la proclamación de la Divina Misericordia, se expresa en la proclamación de la verdad, de que Dios es Misericordioso y en la alabanza al Dios de la misericordia. La segunda tarea de la Iglesia, es decir de los discípulos de los discípulos de Cristo, es la realización de la Misericordia. La tercer forma de dar testimonio de Dios es la oración por la Misericordia para el mundo. El punto de salida de las actividades en el campo apostólico de la Misericordia Divina, es la proclamación de la fe en el Dios de la Misericordia. Sin este fundamento la realización de la Misericordia se convierte en común filantropía³, la cual puede ser realizada hasta por un hombre no creyente.

³ Cfr. J. Tischner, *Caminos y parajes de la misericordia*, Cracovia, 1999, págs. 55–78.

Alabanza al Dios de la Misericordia

Juan Pablo II subraya que el espacio fundamental para dar testimonio de la misericordia de Dios es la liturgia de la Iglesia, las lecturas litúrgicas y las oraciones en las cuales se escucha el eco de la verdad expresada en las páginas de las Sagradas Escrituras. En segundo lugar, la experimentación del Pueblo de Dios, la cual certifica el conocimiento de la misericordia de Dios en la vida cotidiana: si algunos teólogos aseveran, que la misericordia es la mayor entre las cualidades y perfecciones de Dios, son la Biblia, la tradición y toda la vida de fe del Pueblo de Dios, quienes suministran con seguridad particular el recubrimiento para esta aseveración. No se trata aquí sólo de la perfección insondable, de Dios en el misterio divino, sino de la perfección y cualidad en la cual el hombre con toda la verdad interna de su existencia, especialmente cerca y especialmente a menudo, se encuentra con el Dios vivo (cfr. DM 13).

La primera experiencia de fe del cristiano, es el encuentro en su vida con el Dios de la Misericordia, la cual Juan Pablo II compara con “ver al Padre” y sobre lo cual, Cristo le hablaba a Felipe (cfr. Jn 14, 9 nn). Ver a Dios a través de la fe encuentra una especial realización en experimentar el amor misericordioso del Padre, parecido a la experiencia del Hijo de la parábola del hijo pródigo. La Iglesia ubica esta experiencia en el centro de sus enseñanzas (cfr. DM 13), puesto que es la llave para conocer a Dios revelado en Cristo, y para descubrir la dignidad de otro hombre, creado a imagen de Dios: “quien me ve, ve también al Padre” (Jn 14, 9). La contemplación del Rostro Misericordioso de Cristo, acerca hacia el Padre, cuya naturaleza es misericordiosa.

La proclamación y aclamación de la Misericordia Divina, se realiza entonces, cuando la Iglesia aclamando la Palabra de Dios, acerca a la gente a la fuente de la Misericordia: la Eucaristía y el sacramento de la Reconciliación (cfr. DM 13). Ellos son un regalo de Cristo crucificado y resucitado, quien por su muerte y resurrección reveló en forma completa la Misericordia de Dios. Juan Pablo II, con toda la autoridad heredada de Pedro, recuerda, que la Eucaristía es fuente inagotable del amor de Dios:

la Eucaristía nos acerca siempre a ese amor que es más potente que la muerte: cada vez que comemos este pan, o tomamos de este cáliz, no sólo proclamamos la muerte del Redentor, sino que también recordamos Su resurrección y esperamos Su venida gloriosa (DM 13).

Por lo tanto, el primer deber del discípulo de Cristo, es dispensar y tomar parte en el sacramento de la Eucaristía. Ya sólo el rito eucarístico que hace presente la pasión, muerte y resurrección de Cristo, es una demostración del infinito amor de Dios, quien dio a su Hijo para la Salvación del mundo (cfr. Jn 3, 16).

El camino para el encuentro con la misericordia de Dios en la Eucaristía, está abierto a través del sacramento de la reconciliación, en la cual, como dice Juan Pablo II

cada hombre en forma particular puede experimentar la misericordia, o sea, ese amor que es más fuerte que el pecado (DM 13).

Ante el pecado, se manifiesta más completamente la infinita misericordia de Dios, quien siempre está listo para perdonar al hombre que se arrepiente de sus actos:

es infinita la disposición y la fuerza de perdón recubierta constantemente con el valor imposible de explicar de la ofrenda del Hijo. Ningún pecado de los hombres puede sobrepasar esta fuerza ni limitarla. Sólo la puede limitar del lado humano la falta de buena voluntad, la falta de predisposición para convertirse, es decir, para reconciliarse, el perdurar en la obstinación y en contra de la gracia y de la verdad y especialmente ante el testimonio de la cruz de la resurrección de Cristo (DM 13).

El deber apostólico de la Iglesia en el campo del sacramento de la reconciliación, comprende la proclamación de la conversión y el mostrar a un Dios dispensador y bondadoso. Los cristianos realizan un gran esfuerzo acercándose al sacramento de la reconciliación y perdonándose mutuamente, para que toda la gente sea capaz de ver el Rostro del Dios dispensador.

Del amor misericordioso de Dios, comprendido en la Eucaristía y en el sacramento de la Reconciliación, nace la unidad que comprende no sólo a los cristianos, sino que también a todas las naciones.

La realización de la misericordia

Un espacio importante para la mostrar la Divina Misericordia, son los actos de misericordia, a través de los cuales el hombre confirma, que no sólo necesita misericordia sino que está presto a ser misericordioso con su prójimo (cfr. DM 14). Cumpliendo con los actos de misericordia que emanan de experimentar la misericordia Divina, el cristiano conoce la capacidad que tiene oculta en sí mismo, de compartir el amor. Juan

Pablo II, subraya en la Encíclica *Dives in misericordia*, que el hombre es capaz de conocer la misericordia de Dios, en tanto es capaz de mostrar misericordia hacia otros.

El amor misericordioso es una fuerza que une y levanta a la gente en sus relaciones recíprocas, transformando a la persona que da y a la que recibe. El ejemplo de este amor es Cristo crucificado, quien se entregó a Sí mismo sin límites hasta la muerte (cfr. Mt 25, 34–40):

Hasta en los momentos en los cuales todo pareciera señalar, que sólo una de las partes regala, da – y la otra solo recibe, toma – (ej. En el caso del médico que cura, el maestro que enseña, los padres quienes mantienen y educan a sus hijos, el donador, el cual da a los necesitados), en esencia, las cosas son recíprocas (DM 14).

Apoyándose en el ejemplo de Cristo, el cristiano limpia continuamente sus actos de misericordia, para que siempre estén inspirados en la experimentación del amor sin pedir nada a cambio. Sólo entonces se transforman en actos de misericordia, que abren a Dios y revelan la verdadera dignidad del hombre capaz de compartir el amor.

El camino del amor incondicional, que nos mostró Cristo en la Cruz, no es entonces un acto o un proceso unilateral, sino que exige reciprocidad ante Dios y ante el hombre. El amor misericordioso al mismo tiempo, iguala las diferencias que surgen entre la persona que da el bien y la que lo recibe. Por eso para Juan Pablo II la misericordia es el complemento de la justicia:

La auténtica misericordia cristiana es al mismo tiempo como el perfeccionamiento encarnado “la nivelación” entre los hombres y luego también el perfeccionamiento de la justicia encarnada, en tanto ésta en sus límites aspire también a una nivelación así (DM 14).

La Misericordia es el elemento fundamental que le da forma a las relaciones interpersonales en el espíritu del respeto y de la dignidad del hombre y el descubrimiento de su capacidad de realización del bien.

El apostolado de la misericordia, medido por los actos de misericordia, debe siempre apelar a la experiencia fundamental del amor en Cristo, para que la misericordia no se convierta en filantropía o sea sustituida por la justicia social: Por eso también la Iglesia, como deber principal, en cada etapa y especialmente en la actual, debe reconocer la proclamación e introducción en la vida, del misterio de la misericordia revelada hasta el final en Jesucristo (cfr. DM 14).

La consecuencia de la expresión de la fe en Dios misericordioso es la oración por la misericordia.

Oración por la misericordia

La oración por la misericordia, que emana de experimentar la misericordia de Dios en la vida y de realizar actos de misericordia es, como dice Juan Pablo II, el derecho y la obligación fundamental de la Iglesia:

La Iglesia proclama la verdad de la misericordia de Dios revelada en Cristo crucificado y resucitado y la proclama de distintas maneras. La Iglesia, trata también de ser misericordiosa con la gente a través de la gente, viendo en esto la condición indispensable, esforzarse por un mundo mejor “más humano” para el día de hoy y para el mañana. Sin embargo en ninguna época, en ningún período de los acontecimientos – especialmente en una época tan decisiva como la nuestra – la Iglesia no puede olvidarse de la oración, la cual es un llamado a la misericordia de Dios ante los diversos males que pesan sobre la humanidad y que la amenazan. Éste es el derecho fundamental y al mismo tiempo un deber de la Iglesia en Jesucristo (DM 15).

Ante la secularización de la vida, el alejamiento de Dios y la vida “como si Dios no existiera” la Iglesia tiene la obligación de rezar por la misericordia como signo de esperanza para cada hombre.

Ante el creciente alejamiento del hombre, de Dios, hasta llegar al punto de que se torna incapaz de expresar la palabra “misericordia” y abrirse a la actividad de Dios, la Iglesia debería pronunciar esta palabra en su nombre. El convencimiento de la necesidad de orar por la misericordia condujo al Santo Padre a formular el Acto de confiar el mundo a la Divina Misericordia. Esto, es el fruto de la fe viva del papa, de la profunda reflexión sobre el misterio de la misericordia y del gran amor hacia la gente que perdió a Dios y perdió el sentido de la vida.

La oración por la misericordia está dirigida a Dios Padre de la misericordia por intercesión del Hijo de Dios, quien trajo al mundo misericordia por su muerte y resurrección. Juan Pablo II, viendo las necesidades de la sociedad, pide la misericordia para todo el mundo:

Cuán grande es la necesidad de misericordia del mundo de hoy! En todos los continentes, desde el fondo del sufrimiento humano parece elvarse la súplica por la misericordia⁴.

La Misericordia es esa gran oportunidad de renovar el corazón del hombre tocado por el pecado.

La alabanza a Dios misericordioso se realiza en Jesucristo, quien en su totalidad revela el misterio de Su Padre. Jesús alaba a Dios con toda Su vida: con el trabajo, la oración, las enseñanzas y la obediencia a la

⁴ Juan Pablo II, *La Divina Misericordia, única esperanza, Homilía en Lągięwniki, Cracovia, el 17 de agosto de 2002, [en:] Dios rico en misericordia, Cracovia 2002, pág. 77.*

voluntad de Su Padre hasta después de morir en la cruz y resucitar. De esta manera enseña, cómo reconocer la presencia de Dios en todos los actos de la vida, en las alegrías y en las tristezas y hasta en los terribles sufrimientos y en la muerte, cumpliendo los mandamientos de Dios que se completan en el mandamiento del amor.

La alabanza a Dios se realiza en el amor:

Esta proclamación en la que se expresa la fe en el amor omnipotente de Dios es especialmente necesaria en estos tiempos en los cuales el hombre se siente perdido ante la presencia de las múltiples manifestaciones del mal. Se debe tratar de que la súplica a la misericordia Divina fluya desde nuestros corazones llenos de sufrimiento, intranquilidad e insertidumbre en la búsqueda de la fuente segura de esperanza⁵

En el acto de alabanza, el hombre que contempla la misericordia de Dios descubre la verdad sobre sí mismo i sobre su vida.

De la experimentación de la cercanía de la Divina Misericordia, brota la idea de la misericordia, la cual según Juan Pablo II, se expresa en la apertura a los otros hombres, lo acompaña en sus dificultades y también en la ayuda concreta que lo conduce a levantarse de una situación difícil. En su preocupación por el hombre débil e inseguro el Papa le confió el mundo entero a la Divina Misericordia.

CONFIAR EL MUNDO A LA DIVINA MISERICORDIA

Durante la consagración de la Basílica de la Divina Misericordia en Cracovia, Juan Pablo II subrayó, que el mundo contemporáneo necesita la Misericordia Divina y le dio a la Iglesia la misión de acercarle al mundo el misterio de la Divina Misericordia:

Por eso hoy en este santuario quiero realizar este acto solemne de confiar el mundo a a la Divina Misericordia. Realizo esto con un ardiente anhelo, para que el mensaje del amor misericordioso de Dios, que fue anunciado aquí por intermedio de Sor Faustina llegue a todos los habitantes de la tierra y colme sus corazones de esperanza. Que este mensaje sea difundido desde este lugar por toda nuestra querida Patria y en todo el mundo. Que se cumpla la promesa de Jesús, que desde aquí debe salir la “chispa que preparará el mundo para Su última venida” (cfr. *Diario* 1732). Hay que encender esta chispa de la gracia de Dios. Hay que transmitirle al mundo el fuego de la Misericordia. En la Misericordia de Dios, el mundo encontrará la paz y el hombre la felicidad! Esta tarea se la encomiendo a ustedes queridos hermanos y hermanas, a la Iglesia de Cracovia y de Polonia y además a todos los que veneran la Divina Misericordia, a los que vendrán aquí de Polonia y de todo el mundo⁶

⁵ *Ibidem*, pág. 72.

⁶ *Ibidem*, pág. 77.

El confiar el mundo a la Divina Misericordia es un acto de fe, cuyo fundamento es la actitud de confianza puesta en Dios, como la del niño hacia un Padre misericordioso, que nunca abandona al hombre a quien le regala constantemente su amor. Juan Pablo II como Abram y los Patriarcas, como Pedro y sus sucesores, se puso al frente de la Iglesia y de toda la humanidad expresando en su nombre la fe en Dios cercano al hombre por Su misericordia. Proclamó al mismo tiempo la fe de que Dios por último se reveló al hombre en Jesucristo, quien mostró en su totalidad la misericordia del Padre – en sus actos, en sus enseñanzas, pero sobre todo en su Muerte y Resurrección. El hombre descubre la misericordia de Dios gracias a la acción del Espíritu Santo.

El acto de confiar el mundo a la Divina Misericordia posee claramente una estructura tripartita en la que se pueden distinguir los siguientes elementos: la invocación a Dios Trinidad, la petición por la humanidad afligida y el ruego de misericordia para el mundo.

El acto de confianza es una forma de relación en la que se introduce el hombre creyente cuando se dirige a Dios. El mismo, manifiesta al mismo tiempo la posición de quien reza y su experiencia de fe.

En la primer parte del acto de la entrega del mundo a la Misericordia Divina, Juan Pablo II proclama en nombre de toda la Iglesia la confianza en la Divina Misericordia. La invocación a Dios, Padre misericordioso es el resumen de la fe cristiana en Dios cercano al hombre, quien revela su rostro en el misterio de la misericordia:

Dios, padre misericordioso, que revelaste tu amor en Tu Hijo Jesucristo y lo derramaste sobre nosotros en el Espíritu Santo, Consolador, a Tí te confiamos hoy los destinos del mundo y de cada hombre.

El hombre del siglo XXI, experimenta más aún el vacío de la vida, el temor al futuro, al sufrimiento y a la soledad. En este contexto leemos las palabras del Santo Padre Juan Pablo II en la segunda parte del del acto de entrega.:

Inclínate sobre nosotros, los pecadores, cura nuestra debilidad, vence todo el mal, permítele a todos los habitantes de la tierra experimentar Tu misericordia, para que en Tí Dios Trinidad siempre reencontremos la fuente de esperanza.

En esta oración, Juan Pablo II se presenta como Moisés ante Dios, presentando todas las debilidades del hombre que hoy destruyen a la humanidad, como las víboras venenosas en el desierto lo hacían al pueblo elegido (cfr. Núm 21, 4–9). Es como si el Santo Padre juntara las voces de desesperación y sufrimiento que resuenan por toda la tierra para presentárselas a Dios y pedirle misericordia.

La consecuencia de la proclamación de fe en el Dios de la misericordia es la oración por la misericordia. La convicción de la necesidad de la oración por la misericordia llevó al Santo Padre a realizar el acto de confiar el mundo a la misericordia Divina. El mismo es el fruto de la fe ardiente del Papa, de una profunda reflexión en el misterio de la misericordia y del gran amor hacia la gente que perdió a Dios y perdió el sentido de la vida.

El acto de confiar el mundo a la Divina Misericordia, concluye con un llamado que es el eco de la oración llamada Rosario de la Divina misericordia que le fuera transmitida a Sor Faustina por Jesús:

Padre eterno, por la dolorosa pasión y resurrección de Tu Hijo, ten misericordia de nosotros y de todo el mundo! Amén.

La oración por la misericordia está dirigida a Dios Padre de la misericordia por intercesión del Hijo de Dios que trajo misericordia al mundo por su muerte y resurrección. El Santo Padre viendo las necesidades actuales pide la misericordia para todo el mundo:

¡Cuán grande es la necesidad de misericordia del mundo de hoy! En todos los continentes desde el fondo del sufrimiento humano parece elevarse el clamor por la misericordia⁷.

La Misericordia es esa gran oportunidad para renovar el corazón del hombre alcanzado por el pecado.

La verdad sobre la Divina Misericordia, como subrayó Juan Pablo II es el elemento central de la misión que recibieron de Su Señor, los discípulos de Cristo. Comprende la proclamación de la fe en el Dios de la misericordia y la alabanza a Dios, rico en misericordia y además la mirada valiente y llena de esperanza en el futuro. Se realiza a través de la proclamación de la divina Misericordia en la Liturgia de la Palabra y la celebración de la Eucaristía y el cumplimiento del sacramento de la Reconciliación, los cuales son fuente de misericordia y comprenden el misterio de la muerte y resurrección de Cristo, en los que se reveló en su totalidad ante el hombre, la misericordia Divina. La Misericordia Divina experimentada por el hombre que reconoce su debilidad, lo abre al prójimo mostrando la posibilidad de compartir la misericordia. Fructifica como ayuda incondicional entregada al hombre que se encuentra con necesidades.

El misterio de la Divina Misericordia se hizo actual de un modo particular gracias a la experiencia de Sor Faustina Kowalska (1905–1938)

⁷ Ibidem, pág. 77.

al que Juan Pablo II llamó: “regalo de Dios para nuestros tiempos” Este misterio ayuda a descubrir a Dios presente en el mundo y a la realización de la misericordia con los demás.

MIŁOSIĘRDZIE BOŻE W NAUCZANIU JANA PAWŁA II

Streszczenie

Prawda o Bożym Miłosierdziu stanowi centralny motyw nauczania papieskiego Jana Pawła II. Pojawiła się już w Encyklice o Bożym Miłosierdziu *Dives in misericordia* (1981) jako klucz do zrozumienia tajemnicy Boga obecnego w świecie mimo wojen, nieszczęść i kataklizmów. Jest kluczem do zrozumienia Boga objawionego w Jezusie Chrystusie i współczesnego człowieka, który nieustannie szuka sensu swojego życia. Szczytem objawienia Miłosierdzia Bożego jest Misterium Paschalne: śmierć i Zmartwychwstanie Jezusa Chrystusa, które otwiera przed człowiekiem możliwość zjednoczenia z Bogiem i dzielenia się miłosierdziem z bliźnim.

Jan Paweł II powracał do tematu miłosierdzia, beatyfikując Siostrę Faustynę w 1993 r., w Rzymie i kanonizując ją w roku Wielkiego Jubileuszu, 30 kwietnia 2000. W roku 2000 ustanowił Święto Miłosierdzia dla całego Kościoła w II Niedzielę Wielkanocną i wezwał wszystkich wierzących słowami św. Faustyny, by zwrócili się do Bożego Miłosierdzia i dokonali odrodzenia życia: „Nie znajdzie ludzkość uspokojenia, dopokąd się nie zwróci z ufnością do Miłosierdzia mojego” (Dz 30). W czasie kanonizacji Jan Paweł II stwierdził, że objawienie Miłosierdzia Bożego światu przez Siostrę Faustynę jest częścią doświadczenia współczesnego człowieka, zagubionego pośród ideologii przełomu XX i XXI w. W tajemnicy miłosierdzia Bóg objawia swoje oblicze światu i ukazuje prawdę o człowieku potrzebującym miłosierdzia i zdolnym do czynienia miłosierdzia.

Ostatecznym przypomnieniem światu o Bożym Miłosierdziu jako znaku nadziei było poświęcenie świata Bożemu Miłosierdziu w czasie konsekracji bazyliki Bożego Miłosierdzia 17 sierpnia 2002 r. Wtedy też przypomniał o tym, że z Łagiewnik ma wyjść iskra, która przygotowuje świat na powtórne przyjście Zbawiciela (Dz 1732). Zadaniem Kościoła jest ukazywanie światu Miłosierdzia Bożego w sakramentach Eucharystii i pokuty oraz objawianie go poprzez czyny miłosierdzia wobec potrzebujących.